

índole tradicional del pueblo castellano, y éste es un tesoro de alta valía, que acaso no encontró en igual grado ninguno de los insignes adversarios del controversista tenaz y agresivo. En *La Raquel* está el verdadero lirismo de *Huerta*, unido á aquella parte de grandeza histórica que aun podía caber en la sociedad española, tan hondamente trasformada. El pueblo español se entusiasmaba con *La Raquel*. Aun sentía la noble emoción de la grandeza histórica. En el ánimo de los literatos las prevenciones de rivalidad y de escuela ahogaban aquel sentimiento (1). La verdadera entonación poética de *Huerta* no se encuentra sino en sus obras dramáticas. Allí tiene vigor y vuelo y armonía. *Quintana* recordaba con gusto el magnífico efecto que en los labios de Maiquez producía aquel bello final del acto tercero de la *Jaira* (traducción de la *Zaïre* de Voltaire):

El sexo que amenaza  
Con su blandura avasallar el mundo,  
Mande en Europa y obedezca en Asia.

Nosotros recordamos también, como embeleso de la niñez, cuán rotundas resonaban en nuestros oídos y vibraban en nuestra alma algunas cláusulas de *La Raquel*, por su enérgica armonía, por su noble sentido. Estas cláusulas tienen un encanto que no muere con los vaivenes de los tiempos, porque sale del corazón del poeta. ¿Cómo no admirar, por ejemplo, la austera lealtad de Hernán García, cuando, respetuoso, pero inexorable, recuerda á Alfonso VIII el abismo á que le arrastra el olvido de sus deberes?

Pero ¿cómo han de estar, sino marchitos,  
Campos á quienes niega el sol sus rayos,  
Jardines que descuida el jardinero,  
Flor que no riega diligente mano?.....  
Raquel..... Permite, Alfonso, que la nombre;  
Y si te pareciere desacato  
Que quejas de Raquel se te repitan,

Pague mi cuello culpas de mi labio.  
.....  
Ya no conquista Alfonso, ya no vence;  
Ya no es Alfonso rey; aprisionado  
Le tiene entre sus brazos una hebrea;  
Pues ¿cómo ha de ser rey el que es esclavo?

¡Qué mezcla simpática de gala, de pena y de entereza! Aquí es *Huerta* un verdadero poeta; y cuenta que de rasgos semejantes está sembrada la tragedia entera (2).

Otro poeta salmantino digno de alto aprecio, aunque juzgado á veces con sobrada injusticia, es don José Iglesias de la Casa. Algunos escritores de Sevilla, ofuscados acaso por rivalidad de escuela ó de espíritu provincial, le tuvieron por poeta de muy secundario valer. Marmol, tan inferior á él, y tan escaso de sentimiento poético, dice con tono desdeñoso: «Iglesias pertenece á los poetas de inferior clase» (3). Lista, en su poema *El Imperio de la estupidez*, después de ridiculizar la poesía de Iglesias, habla así, irónicamente, en una nota: «Es admirable la habilidad con que Iglesias ha sabido convertir tres octavas de *Balbuena* en estancias para dos odas.» Algo más había que decir de aquel simpático é ingenioso poeta. Verdad es que, al parecer, alguna vez explotaba Iglesias sin pudor los versos ajenos; pero cuando su musa se encuentra en su esfera propia, que es la de la gracia y la ironía, no es plagiarlo ni imitador siquiera; y, aunque por otros caminos, y tal vez con mayor intención y malicia, sabe llegar al nivel adonde llegaron Baltasar de Alcázar y Polo de Medina. En los versos cortos epigramáticos, el tono, la expresión, el sabor castellano, la admirable concisión descriptiva, todo le ayuda para dar agrado y chiste á sus letrillas y á sus epigramas, muchos de los cuales viven y vivirán en la memoria de las gentes, porque tienen el carácter sencillo y penetrante de los proverbios populares. Forner, gran juez, por cierto, en materia de lite-

(1) Véase en la carta 7.<sup>a</sup> de *Melendez* (tomo siguiente) con cuán apocada crítica juzga este poeta la popular tragedia.

(2) Don José March y Borrás, autor del poema jocoso *La Rani-Ratiguerra*, y contemporáneo de

*Huerta*, escribió también una tragedia titulada *Raquel*. (Véase Fuster, *Biblioteca valenciana*, tomo II, pág. 171.)

(3) Prólogo del *Romancero del doctor don Manuel María del Marmol*; Sevilla, 1834.

ratura incisiva, da á entender en estas palabras, al través de su tono chancero, cuán persuadido está de la fuerza satírica de los versos de Iglesias:

Muy satisfecho (dice) estaba yo con mi epigrama, y muy satisfecho de que me había vengado con él á todo mi sabor, cuando héte aquí á mi amigo Arcadio (Iglesias), antiguo conmiton mío en la universidad, socarron de primer orden, y hombre que diría una pulla en verso al mismo Apolo en sus doradissimas barbas (1).

Algunas poesías villanescas de carácter á la vez candoroso y agudo, como *La esposa aldeana*; otras tiernas y lozanas, como la *Rosa de Abril*, la *salida de Amadís al Zurguen*, la *zagala que vuelve del campo*; ú otras de carácter irónico, como *La lira de Medellín*, se leen con gusto todavía, porque están escritas todas con tersura y viveza, y algunas con sensibilidad, no ardiente é impetuosa, porque esto no cuadraba á la condición del poeta, sino graciosa y delicada.

Acontecía á Iglesias lo que á *Molière* y á muchos otros ingenios festivos. Hacen reír á los demás mientras su corazón está devorando lágrimas de amargura. Parece en sus versos epigramáticos el apóstol de la alegría, y pasa su breve y malograda vida casi siempre enfermo, pobre, oscuro y olvidado en miserables aldeas del obispado de Salamanca, y lo que es más, acosado en sus últimos años por los escrupulosos remordimientos y las dudas sutiles de un alma buena, pero débil y lacerada. En las cartas que ántes de recibir la orden sacerdotal escribió á Forner, su antiguo condiscípulo, cuyo firme carácter respetaba, se advierten ya claras señales de una conciencia inquieta y atormentada por imaginarios recelos (2). En una de ellas le pregunta cómo pueden conciliarse las satisfacciones de amor, la codicia de gloria literaria y el interés mundano con el «deseo de lograr su último fin»; en otras se trasluce que la dolencia crónica que le llevó al sepulcro en 1791, á los cuarenta y dos años, era parte muy activa en sus cavilaciones infantiles y en el tedio que por momentos le devoraba. Así le dice en una de ellas:

Amado mío Aminta (Forner): Guerra es la vida del hombre sobre la faz de la tierra, dice Job; y así, por más que cualquiera se halle favorecido de la fortuna, de la salud y de la filosofía, con todo no le faltan pasiones con que pelear, como son el amor, la ambición, la envidia, etc. Yo, empero, de los bienes dichos solo puedo decir que me da cuidado el de la salud, y si bien esta falta anda mucho para mitigar aquellas pasiones altaneras, con todo la enfermedad me llena de tristeza, me desanima y me hace despre- ciar los negocios temporales, magüer que honoríficos sean.....

El empleo que han conferido á nuestro Dalmiro (Cadalso) es el de sargento mayor de su regimiento. Se me queja de que no le escribo..... Quiero noticiarte qué obras poéticas traigo entre manos. La principal, ó la más dilatada, es una *Filosofía moral*, la que no concluiré en mucho tiempo. Allende de esto, he compuesto varias églogas, epigramas, letrillas, anacreónticas, etc., de las que creo te haya remitido algunas el señor Casada..... Para otro correo te enviaré el principio de la *Filosofía moral*..... Há muchos días que miro con desidia la poesía, y en el presente año no he leído ni he compuesto un solo verso..... Te ama de todo corazón tu amigo, Arcadio.—Salamanca, Abril de 1776 (3).

La inquietud de ánimo en que en los tiempos de su mocedad vivía Iglesias, acaso la desigualdad de humor que suele nacer en las naturalezas enfermizas, no hacía siempre su trato tan dulce y afectuoso como pudiera imaginarse. En las muchas cartas que se conservan de los poetas salmantinos á Forner, se encuentran abundantes indicios de que el cielo poético de aquel

(1) Don Juan Pablo Forner, *Exequias de la lengua castellana*. (MS.)

(2) Se ordenó de presbítero (en Madrid) el año de 1783, esto es, unos ocho años ántes de su fallecimiento. Véase en el presente tomo la excelente biografía de Iglesias por el escritor salmantino don Manuel Villar y Macías. Es superior, por la novedad y exactitud de las noticias, á cuantas de aquel poeta se han publicado anteriormente.

(3) Tenemos á la vista esta y otras cartas autógrafas de Iglesias. Están contenidas en un volumen de *Cartas de varios literatos á Forner*, que con bondad suma nos ha franqueado nuestro ilustrado amigo el señor don Luis Villanueva. Hay en este volumen interesantes cartas, todas autógrafas, de *Estalá*, *Florian*, *Trigueros*, *Quintana*, *Arjona*, *Arroyal*, *Navarrete*, *Campománes*, *Llaguno*, *Moratin* (Leandro), *Marchena* y otros.

*Parnaso* nada tenía á veces de apacible y sereno. Un poeta harto escaso de inspiracion, don *Ramon Caseda*, grande amigo y respetuoso admirador de *Forner*, á quien contaba sus cuitas y referia en sus cartas la chismografía literaria de Salamanca, víctima acaso de la vena sarcástica de *Iglesias*, se queja de él amargamente, y le atribuye avieso carácter, y áun prendas morales muy vituperables. Esta chismografía íntima de los literatos del siglo XVIII tiene hoy día interes histórico, porque nada explica tanto el espíritu de los escritores, como el conocimiento de su carácter. Dejando aparte las prevenciones personales del severo *Caseda*, á quien acaso su inferioridad literaria ó su cavilosa imaginacion hacian receloso y descontentadizo, lo que dice en várias cartas, no desmentido por *Forner*, indica, no que *Iglesias* fuese *pérfido* y *falso*, como con exageracion evidente dice *Caseda*, sino que con juvenil irreflexion, y acaso por hacer gala de agudeza, zaheria y mortificaba á sus amigos (1). Por lo demas, *Caseda* era de aquellos ánimos impresionables y apasionados que nada perdonan y todo lo abultan. Tambien censura á *Melendez* y á otros (2). Sólo tiene admiracion, respeto y cariño para la austeridad de *Forner* y para la bondad incomparable de *Cadalso*. Sea como quiera, lo que de *Iglesias* dicen *Caseda* y algunos otros de sus contemporáneos, y lo que él mismo explica de sus aficiones y de su carácter, da á conocer muy á las claras que una naturaleza como la suya, sensitiva y burlona, no podia hallar su centro sino en el tumulto mundano. ¿Cómo no habia de

(1) En una carta, escrita en Salamanca, el 1.º de Agosto de 1775, dice *Caseda* á *Forner*, que á la sazón se hallaba, segun parece, en Toledo:

«Cada día voy sintiendo más haber conocido á *Iglesias*, pues por éste sin duda he perdido mucho en el concepto de *Cadalso*, á quien amo tiernísimamente. Veá Vmd. esas dulcísimas composiciones escritas de su puño; y con todo, se las quiere apostar *Iglesias*. ¡Qué malo es éste y qué afortunado! ¡Y qué bueno es *Cadalso*!»

En otra carta (Enero 10 de 1775) le dice:

«*Arroyal*, *Carbonell*, y... iba á decir *Cadalso*, viven dominados de la perfidia y charlataneria del hijo de la castañera (no quiero decir que sean pérfidos, sino que *Iglesias* los tiene engañados con su perfidia), el cual, no favoreciendo nada con su mordaz y necia crítica á mi mayor amigo (*Forner*), determiné yo, para su mayor castigo, dorar cuanto pude la enemistad de Vmd. con su persona, diciéndole que Vmd. sólo deseaba su correspondencia; y así, que le escribiese á Vmd. dándole satisfaccion de su proceder y crítica....»

En otra:

«Había hecho ánimo de no devolver á *Iglesias* la carta de Vmd., ya por el desprecio que habia hecho de ella hablando con *Melendez*, como por todas sus calidades, que Vmd. bien conoce; y todo esto no obstante, se la devolví, no por temor de su mala lengua, sino porque nadie piense que soy envidioso. He sabido que ha escrito á Vmd. una epístola muy amorosa y muy moral, y yo me he alegrado, porque al fin se distraerá Vmd., pues él, aunque falso, es divertido.»

*Forner* hubo de reprenderle su excesiva severidad para con *Iglesias*, y *Caseda* le contestó, arrepentido:

«Salamanca, Mayo, no sé á cuántos de 1776.

«*Aminta* mio: He llorado de gozo habiendo leído la de Vmd., y no obstante la turbacion que ha

ocasionado á mi alegría, digo que no solamente quiero que Vmd. se comunique con *Arcadio*, sino que tambien deseo de todo mi corazón que le haga muchos favores de mi parte; porque, aunque él es un *mal político* (descortés), yo soy un *mal cristiano*; y de esta manera él aprenderá á ser hombre de bien, y yo á vencerme á mí mismo.»

(2) Esto dice contra *Melendez*:

«*Batilo* prosigue viento en popa; amigo sólo de su interes, esclavo de su ambicion, é idólatra de sus propias prendas.»

*Iglesias*, en una de sus cartas á *Forner*, da idea del violento y rígido carácter de *Caseda* en estos términos:

«Ayer tarde fuí de paseo con *Caseda*, hablando de la mística, que he elegido por consuelo en mis pesares, para lo que yo decia que me era obstáculo la mucha afabilidad con que trató á muchos, y tratándolos, se destruye toda la recoleccion (*recogimiento y concentracion del alma en las cosas divinas*) que dicha mística pide. A lo que *Caseda* replicaba que me armase de una sequedad, altivez ó fanatismo con que despreciar á los sujetos que no juzgase de carácter, y que con esto lograría que no estorbasen los vulgares mi carrera.»

«Mas á esto digo que no puedo avenir por mi genio humilde y blando, y que *Caseda* lo dicta segun el suyo altivo é inflexible.»

«Esto, como he dicho, fué esta tarde el asunto de nuestra conversacion, y viniendo yo á casa, y leyendo la tuya, me eché á reir viendo lo que don *Ramon (Caseda)* se queja tan indirectamente por tu pluma. A la verdad, el caso que dice es éste: Prestó un tal *Villafañe* un libro á *Caseda*, éste á *Melendez*, y *Melendez* hizose prenda de él, porque *Caseda* le destruyó una *Celestina*, que tampoco era de *Melendez*, sino del maestro *Alba*. *Caseda* desató á *Melendez* porque no le daba el libro, y *Melendez* por fin se lo dió á *Caseda*, etc,

afigirse y ahogarse aquel espíritu activo y observador, encerrado durante algunos años en los pobres curatos de las aldeas y pueblecillos de Guijuelo, Larodrigo, Carabias, Santa Marta y Carbajosa de la Sagrada?

Y, sin embargo, ya sacerdote y párroco, se convirtió en hombre ejemplar y timorato el estudiante travieso y un tanto mordaz. Le asaltaron escrúpulos de conciencia por haber dado tan fácil rienda á su desenfadado satírico; y, como para acallar aquel remordimiento, abandonó la poesía epigramática, y escribió poemas sin vida, que la posteridad no lee (1). Dios le habrá tenido sin duda en cuenta aquel santo y cristiano propósito. Pero la verdad es, que sin su vena satírica, tan natural, tan llana, y al propio tiempo tan chistosa y tan incisiva, *Iglesias*, con sus églogas, con sus odas y con sus poemas, habria sido en su época ménos famoso, y estaria hoy día enteramente olvidado. En los versos largos, la mayor parte de la poesía de *Iglesias* ha envejecido y parece hoy insulsa y desmayada. Sus epigramas y letrillas satíricas serán siempre jóvenes. Deben sin duda este gran privilegio al hechizo particular de aquella sencillez maliciosa, en que *Iglesias* es inimitable.

En las cartas autógrafas del padre *Estala* á *Forner* hallamos el más cabal y autorizado elogio que se ha hecho de las nobles prendas de *Iglesias*. *Estala*, uno de los más insignes literatos de su tiempo, se juzgaba muy desventurado (2). Vió á *Iglesias* engolfado en la vida

(1) *La Niñez laureada*, en loor de don Juan Picornell, de edad de tres años seis meses y veinticuatro días, examinado en la universidad de Salamanca, el 3 de Abril de 1785.— Este poema, harto prosaico y palabrero, y á veces versificado con notable descuido, se imprimió en Salamanca (1785), pero no fué incluido en edicion alguna del célebre poeta.

*La Teología*; Salamanca, 1791.— Este poema, en nueve discursos, en el cual el autor emplea más bien los ratiocinios de un disertador dogmático que los arranques de un poeta, adolece de la frialdad comun á las obras didácticas; pero está escrito con fervor cristiano, y este mismo fervor inspira á *Iglesias* versos en que sobresale el sentimiento poético. Hé aquí, como muestra de su estilo, un trozo notable, que no ha podido escribirse sin entusiasmo religioso. Está tomado del *Discurso I*, que trata de la existencia de Dios:

De lo que fué en los siglos eternos,  
¿Quién, sino Dios, lo vió? ¿Quién lo ha sabido?  
¿Quién las cimbras trazó? ¿Quién dió el modelo  
Al enarcar las bóvedas del cielo?  
¿De qué veta salió la pedrería  
De astros celestes? ¿Quién su luz dorada  
Vistió al sol? ¿De qué concha nació el día?  
¿De qué pasta de nácar fué amasada  
La fresca aurora? ¿Qué sutil aliento  
De sí produjo al saludable viento?  
¿De qué limpio cristal el agua pura  
Su licor destiló fresco y suave?  
De esta inmortal lazada la hermosura,  
Quién la dió, diga el impio, si lo sabe.  
Diga qué duracion al tiempo queda,  
O cuántas vueltas fallan á su rueda....  
Pregunte, si le place, al vapor leve,  
Al frio hielo, al áspero granizo,  
Al fuego asolador y mansa nieve,  
Si le osarán negar á quien los hizo.  
Pues cuando allá en el cielo airado mueve  
Su carro Dios, y el rayo fulminante  
Al incrédulo coge de sorpresa,  
Preguntadle, si á Dios áun no confiesa,  
¿Por qué tiembla con pálido semblante?

I, PS.-XVIII,

.....  
¿Quién á las grullas dice y las cornejas  
De los tiempos las súbitas mudanzas?  
Y al valle que florece más temprano,  
¿Quién le avisa que viene ya el verano?  
No otro, no, que el reciproco lenguaje  
Con que el mundo se trata y comunica,  
Y á su Autor, en señal de vasallaje,  
Con inmortales cánticos predica....  
La copia, en fin, le enseñará sin duda  
De várias formas y de especies tantas;  
Pues, para hablar de Dios, la tierra muda  
Lenguas hará las hojas de sus plantas.

(2) Traductor é ilustrador del *Edipo rey*, de Sófocles, del *Pluto*, de Aristófanes, y de otras obras. Formó la célebre coleccion de poesías castellanas impresa en Madrid á fines del último siglo, á la cual, en vez del suyo propio, puso el nombre de don *Ramon Fernandez*, que era el de su barbero. En esta coleccion, al frente del tomo XVI, publicó *Quintana*, sin su nombre, su discurso sobre los *Romances antiguos castellanos*; obra llena de aciertos y de errores, muy notable para el estado de la crítica en aquel tiempo, y que demuestra los grandes y felices instintos literarios de *Quintana*, que se sobrepone sin saberlo á muchas de las preocupaciones de la escuela sendo-clásica. (No fué incluido este discurso en las *Obras completas de Quintana*, tomo XIX de la presente BIBLIOTECA.)

*Estala* no fué dichoso. Abrigaba sanos principios, pero habia equivocado su vocacion. Lo devoraba el desaliento. Infiérese esto claramente de sus cartas familiares á *Forner*. En una de ellas le dice:

Si tu estás fastidiado de tu empleo, yo lo estoy de la vida. Estoy sano, gordo, nada me falta para una decente subsistencia; pero ¿de qué sirve esto, si falta el placer, que hace apetecible la vida? Voy arrastrando una fastidiosa existencia, en que no hallo más que una monotonía maquina de operaciones periódicas. Si me pongo á pensar, el pensamiento es mi verdugo. Me representa el estado miserable en que me hallo, solo, aislado, sin un amigo; y esto me basta para ser infeliz. Cuando quiero huir de estas dolorosas consideraciones con la disipacion, en medio de las diversiones me asalta la maldita reflexion, y me hace amargos los mayores placeres. Ni áun tengo gusto para leer....

pura, sencilla y útil de sus santos deberes, y quedó cautivado ante aquel envidiable cuadro. La inquietud del antiguo estudiante y la resignación del novel sacerdote se habían convertido en evangélico sosiego y en serena armonía. Así escribía *Estala*, desde Salamanca, en 12 de Agosto de 1799:

¡Dichoso *Arcadio*! Él goza de una renta más que suficiente; filosofa y poetiza á su sabor, sin zozobra ni cuidado; goza del incomparable placer de hacer bien á los que lo merecen, que son los pueblos infelices que están á su cuidado. Su casa es el refugio de todos los pobres. Con ellos reparte su renta, les da consejos y documentos admirables para disminuir sus trabajos y miserias. Compone todos los pleitos, ó, cuando es indispensable, toma á su cargo la defensa de la inocencia y de la justicia oprimida. Disipa los errores y preocupaciones perjudiciales, para que su sencilla credulidad no sea tributaria de la hipocresía y de la superstición. Hé aquí verdadera filosofía. Él no dogmatiza, ni sentencia como nosotros, *varones doctísimos*; pero sabe gozar de la vida y estar contento con su suerte. Te aseguro que, á pesar de la corrupción de mi ánimo, efecto del trato cortesano y de la lectura, envidio su suerte.

*Batilo* está disponiendo su marcha. Quiere que hagamos primero un viaje á las Batuecas, do diz que tiene hecha una singular promesa. Irémos, porque creo ha de ser la romería un poco poética. Está recogiendo sus escritos para dejarlos en poder de *Jovino* para la impresión....

Un título especial tiene este poeta á la consideración de la posteridad, y singularmente á la de nuestro tiempo, en que la lengua castellana anda tan mal parada. Es el último de los poetas españoles que habla, sin hacer alto en ello, la lengua pura y genuina del pueblo de Castilla. Dicción, lenguaje, modismos, sabor peculiar, forma del pensamiento, todo es exclusivamente castellano.

Tiene seguridad completa en el manejo del idioma, y no la estudiada del filólogo, sino la espontánea de quien no ha alterado el lenguaje que oyó desde la cuna, con el cultivo continuo de lenguas extranjeras. Sólo con *fray Diego Gonzalez* puede compartir *Iglesias* la gloria de haber sido, en la era de Carlos III, verdadero representante de la tradición fiel del habla castellana. En la mocedad de *Iglesias* no abundaban, por cierto, en Salamanca los libros franceses, y este poeta nada aprendió en ellos (1). *Melendez*, *Forner*, *Cienfuegos*, y los demás que se educaron leyendo obras francesas, no sólo del siglo de Luis XIV, sino también de la época enciclopédista, son escritores castellanos, pero más ó menos afrancesados.

Balbuena, Quevedo y otros escritores antiguos inspiraban á *Iglesias*. ¿Quién ha de leer la cantilena x, que empieza:

Un colorín hermoso,

sin traer á la memoria la cantilena de Villegas, *A un pajarillo*?

Otras veces no imita, sino roba. En el idilio *Al desfallecimiento*, por ejemplo, hay seguidos siete versos conocidísimos de Balbuena. En las odas *Al día* y *A la noche* hay también versos tomados de *El Bernardo*. Pero tal descaro en quien abriga fuerza propia para componer bellos versos, indica sobradamente que esto no era sino un estudio, como han imaginado algunos, ó ántes bien, como nosotros sospechamos, un caprichoso alarde de la musa juguetona de *Iglesias*. A pesar de estas imitaciones y de estos hurtos poéticos, nadie puede negarle que tiene originalidad completa, hasta el punto de estampar un sello peculiar en sus obras, siempre que da rienda á la travesura juvenil de su vena. ¿Quién ha de leer sin risa sus trovas ó parodias picarescas de algunas poesías delicadas de la edad de oro de las letras castellanas? ¿Quién no espasme el ánimo al ver al mancebo zumbón complacerse en despojar de su idealidad al lindísimo madrigal de *Luis Martín*, convirtiendo en una *redonda chuncha*, gruesa y lisa, la abeja escondida en una rosa, que pica la flor de los labios de la ninfa del antiguo poeta?

*Iglesias* quiso probar sus fuerzas, siendo muy joven todavía, en la poesía heroica académica.

(1) Por los años en que falleció *Iglesias*, abrió en Salamanca *Alegria* y *Clemente* su librería de libros exclusivamente franceses.

ca, llamada entonces *épica*, y escribió un canto en octavas para tomar parte en el certamen de *Las naves de Cortés*, abierto en 1778 por la Academia Española. No teníamos noticia alguna de este poema, nunca impreso, hasta que leímos el siguiente párrafo de una carta escrita por *fray Diego Gonzalez á Jovellanos*, el 10 de Febrero de 1778:

En confianza me ha mostrado *Arcadio* (*Iglesias*), el autor de aquellas letrillas, un canto que ha compuesto al asunto propuesto por la Academia Española. En medio de varios defectos que le he notado y advertido, no deja de tener muy buenas cosas; y si tiene la fortuna de que no escriban los *Batilos* (*Melendez*), *Dalmiros* (*Cadalso*), *Amintas* (*Forner*) y otros que le exceden en talento, tal vez llevará el premio. Me asegura este mozo (*Iglesias* tenía á la sazón veinte y cuatro años) que *Batilo* ha desistido de este empeño, y que de Salamanca no irá más poema que el suyo (1).

Fácilmente dimos con el poema, examinando los papeles de la Academia. Entre los catorce poemas que este ilustre cuerpo señaló como únicos dignos de examen detenido, hay uno que, así por su peculiar estilo, como por sus alusiones á las musas de Salamanca, da fundado motivo para presumir que es fruto de la pluma del festivo poeta. Bastaría la siguiente octava, que es la duodécima del poema, para adivinar al autor. Recuerda en ella á los poetas salmantinos más notables de su tiempo, con la única excepción del mismo *Iglesias*, á quien por modestia no era dable preconizar su propio nombre:

¿Tú, por dicha, á *Dalmiro* (2) no escuchaste  
En dulce lira el lamentar sonoro?  
¿Al trágico *Flumisbo* (3) no admiraste  
Alzar el canto en el coturno de oro?  
¿Tú con el nuevo *Laso* (4) no cantaste,  
Con *Delio* (5), *Aminta* (6) y con *Liseno* (7) á un coro?  
Pues estos cisnes que á cantar se mueven,  
Serán los que el dorado siglo innueven.

*Fray Diego Gonzalez*, que, como se ha visto, no quedó muy cautivado con la lectura de esta obra, se manifiesta todavía demasiado indulgente. *Iglesias* no había nacido para la poesía heroica. Su poema es inferior, no sólo á los justamente celebrados de *Vaca de Guzman* y de *don Nicolas de Moratin*, sino á la *Pironía de Cortés*, del padre *Báguena*, y á algunos otros poemas harto medianos de los cincuenta y tres presentados al concurso. La inexperiencia del poeta novel se trasluce en todo el canto de *Iglesias*, y sólo en algunas octavas asoma el calor de la frase ó el vuelo poético de la idea (8).

(1) Colección de autógrafos perteneciente al señor Marqués de Pidal.

(2) Cadalso.

(3) Don Nicolas Fernandez de Moratin.

(4) Melendez.

(5) Fray Diego Gonzalez.

(6) Forner.

(7) El padre Fernandez.

(8) Puso por divisa al poema estos cuatro versos de la octava 37 de *La casa de la Memoria*, de Vicente Espinel:

Hernán Cortés del encubierto mundo  
Descubre el paso y las riberas halla:  
Los bajeles barrena y da al profundo,  
En su ardid confiando, esfuerzo y malla.

Por ser de *Iglesias*, publicamos aquí, como muestra, estas cuatro octavas, que son acaso las menos imperfectas de todo el poema:

OCTAVA 1.ª

Si á mi voz sacro númer concediera

Del cerco de luceros la armonía,  
Con tanta novedad que envidia diera  
Al soberano Apolo, rey del día;  
Magüer que altos asuntos me ofreciera  
Del vasto mundo la ancha monarquía,  
Sólo cantara bélicas hazañas  
De los héroes sin par de las Españas.

El amor de la patria aparece al poeta en forma de visión sobrenatural, y así le habla:

OCTAVA 8.ª

«Yo soy (me dijo el Dios), doncel amado,  
Aquel que en una paz, una fe, un celo,  
Una amistad y un vínculo he ayuntado  
Cuantos pueblos sostiene el ancho suelo.  
Sólo en el hondo abismo no he morado;  
Tengo lugar en el empíreo cielo;  
No hay virtud ni deidad que á mi me exceda  
Del globo octavo en la sublime rueda.»

OCTAVA 16.ª

Las armas de un clarísimo soldado  
En extraña región, con rumbo incierto,  
De sol y mar y viento malparado.